

centro filatélico y numismático de guayaquil

casilla 5038
guayaquil - ecuador

Mayo 4 de 1.972

EMISION PINTURAS DEL SIGLO XVIII

Se encuentran circulando a la fecha las estampillas de la serie Pinturas, impresas en Leipzig, República Democrática Alemana y que fueran autorizadas por el Decreto # 992 publicado en el Registro Oficial # 132 del 31 de Diciembre de 1970 y cuyo texto completo fuere publicado en un Boletín anterior.

La serie consta de 5 valores;

CORREO ORDINARIO: \$ 0,50 Cuadro Jesús entrega las llaves de Miguel de Santiago.

1,10 Cuadro Virgen de las Mercedes, Escuela Quiteña.

2,00 Cuadro la Inmaculada de Manuel Samaniego.

CORREO AEREO : 3,00 Cuadro Virgen de las Flores de Miguel de Santiago

10,00 Cuadro Virgen del Rosario, Escuela Quiteña.

Los sellos de 0,50; 1,10 y 2,00 estan reunidos en una hojita souvenir IMPERFORADA.

Y los sellos Aéreos de 3,00 y 10,00 en una hojita souvenir PERFORADA.

El Centro Filatélico y Numismático de Guayaquil considera que este tipo de sellos de correo al difundir estas obras de arte en sus colores originales, está llevando a todos los niveles dentro y fuera de nuestro país el mensaje que estos maravillosos artistas ecuatorianos de la época Colonial, en su mayoría mestizos e indios, nos enseñaran en sus oleos llenos de amor y fé. Es una verdadera lástima que muchos de ellos al no firmar sus trabajos hayan quedado en el anonimato y que hoy en día se conozcan sus trabajos con el nombre de "Escuela Quiteña".

LA ESCUELA QUITENA

Con los primeros fundadores de Quito vino el franciscano flamenco Pedro Gosseal, pintor, y como los franciscanos comenzaron inmediatamente a construir su iglesia se sabe que fundaron una escuela de escultura y pintura bajo la dirección del P. Gante: muchos pintores indígenas se ocuparon en sacar copias, principalmente de obras españolas. Los franciscanos fueron los primeros maestros de arte que tuvo Quito; con ellos vinieron artistas europeos y orientales, y llegaron además los primeros cuadros de los verdaderos maestros españoles y europeos en general. La compra de objetos artísticos para los templos de Quito, atraería cuadros de los mejores artistas de la época.

Andando los tiempos la existencia de la escuela de pintura Quiteña era una de las grandes adquisiciones culturales, si bien por ser empleada casi exclusivamente en beneficio de la religión no constituyó, como en otras naciones, el medio de refinamiento intelectual que marcaba el nivel de instrucción popular. Se ha establecido una pequeña confusión ante la crítica al considerar esto de la escuela quiteña de la pintura, expresando que no había tal escuela, si por ello ha de entenderse una renovación estética para explotación propia. Pero la escuela quiteña existió gloriosamente al establecer una continuidad de enseñanza y aprendizaje con maestros nacionales y hasta con elementos de lienzo y pintura propios también. Los principios pueden ser los mismos que se trasladaron desde las escuelas europeas, pero hasta la misma esquematización daba un carácter particular a las obras que salían de los talleres quiteños; de este modo es perfectamente comprensible que escritores y críticos de arte de Venezuela o de Chile y hasta de la Argentina hablen ahora mismo de pinturas de la escuela quiteña llevadas hasta esos países. La caracterización las clasificaba sin lugar a duda.

Los altares de las iglesias refulgían de oro, los muros y las pilastras de las iglesias estaban cubiertos de cuadros de toda dimensión, los murales y lo que se encuadraban dentro de las filigranas del arte sonado. El devoto que acudía a una iglesia no podía desviar la vista sin encontrar un motivo de meditación o un llamamiento de la fé cristiana. Los conventos eran museos de arte; los amplios claustros se cubrían de cuadros sobre la vida del santo patrono, como el convento de San Agustín para el que pintaron numerosos cuadros Miguel de Santiago, Morales, Goríbar, Vela y otros pintores cuyos nombres no han podido establecer todavía en nuestra historia de arte. (Isaac J. Barrera).

MIGUEL DE SANTIAGO

Entre los nombres de pintores que se han salvado del olvido, ha tomado posición de cumbre el de Miguel de Santiago, "el más grande de los pintores coloniales y

que, indudablemente, no ha sido superado hasta hoy. Es un clásico, digno de figurar al lado de los más grandes maestros de la pintura universal", escribe José G. Navarro. Las obras de este pintor se conservan todavía con el aprecio de los entendidos y con el respecto de hacia ellas ha traído la tradición. Porque Miguel de Santiago, además de gran pintor, debió ser hombre de conducta extraña y original, con gestos arbitrarios que sirvieron para imponerlo ante las multitudes. El pueblo compuso y propaló unas cuantas leyendas relacionadas con la vida de este pintor extraordinario. Miguel de Santiago era un hombre puntilloso que no aceptaba reparos a su obra, ni permitía que otro pintor se creyera con derecho a poner su pincel en el lienzo comenzado por él. Tenía la ira fácil y la espada pronta para dar satisfacción a los hidalgos que la pidieran por su iracundia. Puede ser que leyendas similares a las forjadas en torno de esta interesante figura se encuentren en la vida de otros artistas; con eso no se probaría sino que el público que juzgaba de sus obras le consideraba digno de esas mismas leyendas. La que más pinta el temperamento de este hombre insatisfecho, que andaba siempre en pos de la originalidad y de la perfección, es la que se refiere respecto del Cristo de Agonía. Miguel de Santiago quería pintar el cuadro en que expresara con todo realismo el padecimiento de Cristo en la cruz; buscó un modelo para fijar la posición. Un discípulo complaciente se prestó a ello. Fijada en el lienzo la actitud, era necesario dar con la expresión de dolor y de angustia. De transporte en transporte el hombre genial perdió la cabeza y, buscando la expresión que tan ansiadamente esperaba, atravesó con una lanza el pecho del infortunado discípulo, y cuando el herido se retorció en la cruz con las convulsiones de la agonía, el maestro copiaba ávido y cada vez con mayor entusiasmo y satisfacción, sin darse cuenta del homicidio perpetrado.

Se trata de una leyenda que acaso se formaría ante el deseo que el pintor demostraba de hacer una experiencia de arte sobre un cuerpo vivo, en las iras del maestro y en la prontitud de su castigo por cualquier falta. La leyenda nos da la clave del temperamento del artista.

La literatura salvo del olvido el nombre de Miguel de Santiago cuando Juan León Mera recogió y publicó todas estas informaciones acerca de la vida extraordinaria de este pintor quiteño. Al tratar de evaluar su mérito no faltaron críticos que quisieran opacarlo demostrando como buena parte de los cuadros que pintó para los claustros agustinos no eran concepciones del artista quiteño. Bien puede ser verdad; pero además de que esos cuadros forman tan solamente una parte de la abundante obra diseminada en todos los conventos de Quito, dar vida y color a una estampa es insuflar parte del genio, y eso habrá hecho Miguel de Santiago con los cuadros de tema ajeno. Le quedan los demás, que son numerosos y todos productos de un temperamento de superior calidad.

En los últimos tiempos se han conocido importantes documentos nuevos que dan mayor claridad a esta figura. Alfredo Flores y Caamaño publicó el testamento y un estudio del más alto interés en torno del documento por el encontrado y por lo mismo acerca de la vida del pintor. (Ysaac J. Barrera).

Nació en el alto de Buenos Aires, parroquia de Santa Bárbara, hijo legítimo de Lucas Vizúete y Juana Ruíz. Cuando joven fué adoptado por don Fernando de Santiago cuyo apellido hizo suyo legalmente. Al comenzar la pintura de la vida de San Agustín se casó con Doña Andrea Cisneros y Alvarado.

En Guápulo fué discípulo suyo Nicolás Javier Gorívar, que había de mantener el prestigio del maestro hasta bien entrado el siglo XVIV.

La múltiple enumeración de las variadas obras de Miguel de Santiago permite apreciar el acerbo de cultura religiosa y de pericia técnica de que estaba dotado el artista.

En 1656, por encargo del Reverendo Padre maestro Basilio de Ribera, pinta la historia de la vida y milagros de San Agustín. El Padre Ribera entregó a Miguel de Santiago los grabados de la vida de San Agustín hecho por SHELTE BOLS MERT, para que le sirvieran de modelos. Cada uno de estos cuadros miden 3.10 x 2.70 m. A más de los cuadros a San Agustín merece citarse la serie de milagros de nuestra señora de Guadalupe de Guápulo (en total 12). Además en la Catedral de Bogotá hay 12 cuadros del maestro representando los artículos del credo. También en el Camarín de la Inmaculada en la Iglesia de San Francisco de Bogotá se conserva una serie de once lienzos que se refieren a la Eucaristía como sacramento y sacrificio y al privilegio de la Inmaculada. Finalmente anotamos las alegorías de las cuatro estaciones.

(Fray José María Vargas O.P.- El arte ecuatoriano).

MANUEL SAMANIEGO

Nació en Quito poco antes de 1767 en el barrio de San Blas desde adolescente comenzó el ejercicio de la pintura. Su temperamento le hizo compaginar con la gracia, expresada en el colorido brillante de sus imágenes, con fondo de paisajes alegres. Muy pronto se convirtió en el pintor preferido. A los 30 años dirigió la construcción y decorado del retablo mayor de Santa Clara, la decoración de la casa del presidente de la Audiencia y estaban a su cargo varias obras para enviar a Santa Fé, Lima, Guayaquil, etc.

Muy joven se casó con doña Manuela Jurado y López de Solís mujer enérgica que le llevaba con doce años y quién ejerció dominio sobre el pintor. Samaniego fué pródigo en representar a la Virgen y tenía facilidad para realizar obras tanto en tamaño grande como en pequeño y aún en miniaturas. Sus imágenes en general

son ágiles, bellas y agraciadas, con la pureza de una flor. Para la Catedral de Quito pintó al oleo escenas murales de la vida de Cristo, decoró la celda provincialicia de la Merced, convertida hoy en museo. Pintó también las alegrías de las estaciones para la casa de hacienda del Marqués de Selva Alegre.

Para Don Diego Noboa, ex-presidente de la República, pintó un bello cuadro de la Inmaculada y escribió un tratado de Pintura. Murió en Quito en 1.824 dejando muchos discípulos y habiéndolo dado pruebas de mucha moralidad y consagración al trabajo. La entonación de su colorido es sumamente dulce habiéndose distinguido en los cuadros de vírgenes y de otros santos en cuyo ejercicio dedicó una gran parte de su vida.

Sus paisajes son conocidos en la destreza en la pintura de los árboles, a Juan y tenazas siendo muy sensible que a su paleta le hubiese faltado el número suficiente de colores para diversificar el colorido más no debemos atribuir esta falta a su poca habilidad sino a sus tiempos de atraso en que vivió pues se verá obligado a servirse de los pocos malos colores que entonces existían en Quito.

(Fray José María Vargas O.P. El Arte Ecuatoriano).